

El Cerezo

Era un niño problemático, desequilibrado y asocial. Le gustaba escarbar la arena en soledad y llenarse las uñas de barro húmedo. Nadie se preocupó nunca por sus trastornos, usualmente diagnosticados como "cosas de niños".

Había algo en especial que desconcertó a una de las maestras de la escuela desde el primer día de su llegada. Y es que el niño siempre, siempre comía fruta. Comía fruta por las mañanas, durante la lección y en las horas de recreo. Comía fruta mientras lo reñían, mientras orinaba y mientras murmuraba, en susurros, una canción desconocida. Lo veía comer, siempre solo, y desesperaba ante ese extravagante comportamiento.

Por esa razón, la muchacha, inexperta e inconsciente, fue la única persona que, una tarde de verano durante la merienda, decidió acercársele. El niño roía impasible, bajo la sombra de un olivo, una cereza del tamaño de una nuez. Pensó al verla que nunca había visto una cereza de tales dimensiones. Consciente de la empresa que estaba a punto de acometer, disminuyó la velocidad de su paso y lo alcanzó casi de puntillas. El pequeño permaneció escondido tras la visera de una gorra infantil y continuó lo que se asemejaba a una ardua tarea, a una lucha incansable con ese fruto desproporcionado. La maestra se le aproximaba cada vez más, esperanzada de despertar en él algún tipo de reacción, una mirada, una palabra. Pero el pequeño hacía caso omiso. Sintió desconcierto en su interior, y una sensación de desazón profunda. Una mezcla entre frustración y abatimiento impulsó a la joven mujer a tocar al niño, cuyo hombro se vio de pronto cubierto por una mano ajada prematuramente. El pequeño se volvió y, por vez primera, pudo contemplar la impertérrita pero dulcemente aniñada faz que escondía aquella gorra rojo amapola. Sus miradas se quedaron en un leve suspense, que duró algunos instantes largos, mientras él jugaba con el enorme piñón en su boca. El niño inspiró ruidosamente, pero de inmediato esa respiración se cortó en seco. Fue entonces cuando la cara del niño se desfiguró y todos sus miembros se paralizaron. Los ojos, de un azul mar, habían clarecido hasta el blanco más límpido, y su mirada ya no estaba fija en los ojos de la maestra. Ni en ninguna parte. Su expresión transmitía el más profundo horror y su piel fue palideciendo de forma progresiva. Empezó a

convulsionar, ante lo que la joven maestra intentó sacar, infructuosamente, el enorme piñón de su cuerpo. Pero el niño salió corriendo sin mirar atrás y desapareció tras la verja de la escuela, ajeno a los gritos y la desesperación de la maestra.

Durante las siguientes semanas, el niño no apareció por la escuela. Ni siquiera se le veía por la calle ni por las tiendas que solía frecuentar en soledad. Algunos curiosos acudían a su casa y especulaban sobre su paradero frente a la persiana bajada de su habitación. No fue un tiempo después, hasta que nadie se acordaba ya del suceso ni del niño especial, cuando apareció por la puerta de la escuela, enfundado en una enorme parca, gruesa y oscura. Algunos cuentan que la maestra que lo vio por última vez corrió a su encuentro y le sacó rápidamente el pesado chaquetón, que no ligaba en absoluto con el calor reinante. Otros dicen que él mismo exhibió su cuerpo ante los compañeros y profesores que lo contemplaban. Aunque la versión más frecuente cuenta que nadie se atrevió a cruzar palabra con el pequeño ermitaño y que fue la joven maestra quien, mientras roía diminutos dados de una fruta indefinible en la hora del recreo, se sentó a su lado y, al acariciarle la espalda en un gesto de disculpa, notó en su piel una dureza abrupta. Todas las versiones coinciden en que, sorprendentemente, en la espalda del niño crecía un enorme y robusto cerezo.